EL VIOLINISTA ANDRE SAS, ELEMENTO PARA NUESTRA CULTURA MUSICAL

Ha regresado—y aquí hay que echar mano de las fórmulas mil veces usadas— al Perú el violinista belga André Sás, que, por un tiempo, fuera profesor de violín en la Academia Nacional de música.

Sás— que es un violinista de gran estilo y hondo sentimiento— ofreció varios conciertos— durante su permanencia, en nuestro país— de la más depurada calidad artística. Interpretó —con que nobleza y que sentimiento— la "Sonata en la" de César Frank, la "Sonata a Kreutzer" de Beethoven, obras de Mozart, Debussy, Fauré, Ravel etc.... Hizo verdadera labor—sin darse "bombo", sin solicitar ayuda alguna— de cultura y de arte. Podría haber hecho, aún más, si el medio lo hubiera permitido....

Ahora está otra vez—por algún tiempo—entre nosotros. I cuando aparezca este número de "Amauta" habrá ofrecido, en unión de la distinguida pianista, Lily Rosay, un concierto en el teatro "Segura" (Concierto, cuyo programa estaba elaborado con severo criterio artístico).

Es el momento de aprovechar a Sás como elemento para nuestra cultura musical. (Porque queremos suponer que en esta nuestra tierra no todo ha de ser asfalto y automóvil; también habrá un lugarcito para las actividades del espíritu).

Ya como artista, ya como profesor en uno de nuestros institutos superiores. Como artista podría ofrecer algunos conciertos patrocinados por el Estado— entre esos conciertos habría la "historia de la sonata". Como profesor— Sás es un hombre muy culto, un espíritu dinámico—se le podría confiar un curso de historia de la música.

Se han protegido, aquí, y se siguen protegiendo muchas mediocridades, que nos llegan del extranjero, ávidas de los dineros del Perú. Y ¿se incurrirá en el error de no aprovechar, para la cultura estética, del país, a un artista y a un maestro de la talla de Andrés Sas? Queremos creer que nó.

M. W.

C I N E M A

NOTAS SOBRE ALGUNOS FILMS

Metrópolis.—En "Sigfredo" y en "la Muerte de los Niebelungen" Fritz Lang se había mostrado un lírico de alta inspiración, un maravilloso forjador de imágenes. En "Metrópolis"— ya no alienta el ideal wagneriano y vuela con sus propias alas— es un escolar que penosamente engendra una elucubración candorosa, una especie de ensueño ingénuo, que en vano quiere subir hasta los más elevados planos ideológicos, no logrando sino caer pesadamente.

¡Los obreros del año 2000, ese rebaño triste que trabaja diez y doce horas diarias? (¡Y en 1929 existe la jornada de ocho horas y sindicatos y agrupaciones gremiales, con los que el obrero se defiende contra el capitalismo!). ¿Los obreros del año 2000 viviendo en las entrañas de la tierra y esperando un mesías? (¡Y en 1929, surge, en algunas grandes capitales, la vivienda obrera clara, salubre y alegre!)

Donde más pobre y estéril se revela la fantasía de Fritz Lang es en el renglón vestuario. No ha logrado crear el traje del año 2000; vemos a los hombres de "Metrópolis" vestidos a la manera del año 1925. Y eso claro, tiene que hacernos sonreír.

Los valores plásticos y cinemáticos de "Metrópolis" no son de calidad, ni están en número suficiente para hacernos olvidar la enorme necedad de su argumento, la pobreza de su ideología, la mediocridad de sus intérpretes. Hay una que otra imágen hermosa— visiones de máquinas, grupos de niños— pero no bastan para redimir al film de su candorosidad.

Dicen que la ejecución de "Metrópolis" costó sumas fabulosas. En cambio las cintas de Chaplin no deman-